

Palacios madrileños del ochocientos

Pedro Navascués

Cuando Armando Palacio Valdés, en su novela *Sinfonía Pastoral* (1931), quiere expresar el lujo con el que se rodeó Antonio Quirós, un pobre pero despierto aldeano del valle de Laviana en Asturias que hizo fortuna en Cuba con negocios de navieras, tabaco, empréstitos y construcciones, lo sitúa viviendo en un palacete del Paseo de la Castellana. La acción transcurre en el Madrid de la Restauración Alfonsina y el novelista detalla cómo este indiano «primero alquiló un hotel en la Castellana» y «después construyó el que hemos visto, dotado no sólo de todas las comodidades, sino de un lujo que pocas casas ostentaban en Madrid en aquella época: el techo del comedor pintado por Plasencia; los *panneaux* del salón por Ferrant; los muebles, venidos directamente de París; caballos, coches, diez o doce criados, etc.», todo lo cual parece habérselo inspirado el conocimiento del Palacio de Linares.

En aquella breve descripción, Palacio Valdés recoge uno de los anhelos existenciales del capitalismo burgués forjado en la banca, bolsa, negocios inmobiliarios y comercio de varia especie, esto es, el poseer un palacio u *hotel* en el gran paseo que cambia de nombre desde el Prado hasta la Castellana atravesando Recoletos. En efecto, los impulsores del incipiente capitalismo español bajo Isabel II y del más importante de la etapa alfonsina, convirtieron aquel eje urbano en escaparate de sus respectivas fortunas, habiendo llegado hasta nosotros tan sólo dos preciosas muestras de un perdido conjunto¹. Me refiero a los palacios del Marqués de Salamanca, sede hoy del Banco Hipotecario, y al del Marqués de Linares, hoy día Casa de América.

Ambos palacios, próximos en el espacio son, sin embargo, distantes en el tiempo y dispares en su gusto, de tal manera que uno y otro pudieran muy bien encarnar dos momentos distintos de un mismo tipo edilicio del siglo XIX, esto es, el del palacio de ciudad que, de modo familiar, acabamos llamando «palacete», haciendo con ello una distinción categórica, entre formal y cuantitativa, respecto al palacio del siglo XVIII².

Efectivamente, el palacete, diminutivo afectuoso de palacio y equivalente en alguna medida al *hotel* francés, resulta ser una noble construcción, de recogidas dimensiones pero con el programa complejo de la antigua arquitectura palaciega que, en nuestra ciudad, cobró especial importancia a partir del siglo XVIII con las obras del Palacio Real, cuyo gusto y carácter imitó la alta nobleza madrileña como, por ejemplo, los Alba, Osuna y Medinaceli. Ahora, en el ochocientos, se trata de otro tipo de palacios y de otra nobleza, la de nuevo cuño, aquella joven aristocracia del dinero que daría lugar a un grupo social cuyos intereses estaban en la bolsa, en el ferrocarril, en los negocios inmobiliarios, etc., y del que resulta un ejemplo arquetípico el marqués de Salamanca³.

Fue el marqués de Salamanca, efectivamente, el primero en abandonar el núcleo histórico de la ciudad y pasar al otro lado de Recoletos, como antaño lo había hecho el Palacio del Buen Retiro al cruzar el paseo de San Jerónimo, haciéndose construir un palacio en el borde del futuro Ensanche de la ciudad. Era éste un gesto de afirmación muy coherente con el dinamismo de esta plutocracia que, en lugar de los centenarios caserones que la nobleza vieja ocupaba en el antiguo tejido urbano, buscaba horizontes nuevos que no le obligaran a vivir en una casa entre medianerías y sin espacio físico para desarrollar un jardín. A una nueva mentalidad, que se identificaba con la noción de progreso en este siglo de la industria, el comercio y las comunicaciones, correspondía una nueva forma de vivir. La casa propia se convierte así en el primer soporte que hacía fuera, hacia su entorno social, y hacia dentro, en la organización de la vida doméstica, sostiene la nueva conciencia de clase de este minoritario grupo que desde el dinero alcanzó títulos nobiliarios de nueva creación. Sus escudos, con coronas de marqueses, condes y vizcondes, tienden a aparecer con anómala insistencia en las fachadas de los edificios, en las verjas del jardín, grabados en los vidrios de las ventanas, tallados en las puertas, pintados en los techos, reproducidos en las vajillas.

La necesidad de consolidar pronto la nueva cuna sin solera, hizo que aquellos palacetes se convirtieran en imagen pregonera de las virtudes, aficiones y gustos de sus propietarios, que siempre aparecen como protectores de las artes, rodeados de una mitología con la que simbólica y forzosamente se relaciona este nuevo y adinerado Olimpo, en el que brilla con especial fuerza el dios Mercurio, protector de los provechosos beneficios que reportaba el Comercio y la Industria.

Estos y otros rasgos análogos se esconden en los palacios que durante el siglo XIX se levantaron en Madrid y de los que el citado del Marqués de Salamanca, vecino del de Linares, resulta ser un cumplido ejemplo de la época isabelina. Dicho palacio, construido entre 1846 y 1858⁴, fue proyectado por Narciso Pascual y Colomer, Arquitecto Mayor de Palacio y autor a su vez del Congreso de Diputados. Ello puede dar una idea del propósito del marqués de Salamanca al utilizar los servicios del arquitecto de la reina, al margen del indiscutible valor personal de Colomer, que también era entonces Director de la recién creada Escuela de Arquitectura de Madrid. Colomer, que había estado en Roma como pensionado de la Academia de Bellas Artes y conocía los palacios del Renacimiento, hizo para Salamanca un palacio a la italiana, con mucho de boloñés. La concepción toda del edificio, sus fachadas, patio interior a modo de *cortile*, columnas, apilastrados, etc., revelan aquel gusto italianizante, seguramente sugerido por el mismo Salamanca, quien tenía



casa abierta en Roma y que coleccionó antigüedades clásicas que enriquecieron en su día este palacio así como el de Vista Alegre, en las afueras de la ciudad. El carácter exento de la edificación y los jardines rodeando el edificio, todo en forma y modo muy diferente a lo que hoy vemos, hicieron de este palacio una de las arquitecturas nobles de Madrid, que como tal ya la incluyó Madoz en su célebre *Diccionario* (1847), cuando aún se hallaba sin concluir, dados los altibajos de la gran fortuna de Salamanca. Lo más fino del palacio probablemente sea la *loggia* de la fachada principal, de clara ascendencia cuatrocentista en lo ornamental, pero estructuralmente inspirada en dibujos del *Libro Cuarto* de Serlio (1537).

Otros palacios hubo en Madrid dentro de este gusto italianizante, como el que en el interior de la ciudad se conserva, aunque muy dañado, y que fue del marqués de Gaviria, en la calle Mayor. Su propietario, Manuel de Gaviria, formaba parte junto con Salamanca, Carriquiri, Heredia, Remisa, Norzagaray, Buschental, etc., del grupo de fundadores del Banco de Castilla que muy pronto se llamó de Isabel II. Sus intereses eran comunes y también los gustos y opciones políticas. En ocasiones estos hombres, que tan sólo debieron competir en la banca, bolsa y lujo de sus palacios, buscaron una cierta vecindad para éstos, como ocurrió con el desaparecido palacio del Marqués de Remisa que lindaba con el de Salamanca y Calderón en el Paseo de Recoletos. Ello hizo que se conociera en Madrid esta zona como «barrio de los banqueros», pues no en vano se encontraba entre el Banco de España, en la plaza de Cibeles, y la desaparecida Casa de la Moneda, en la plaza de Colón, es decir, en el entorno inmediato del palacio de Linares⁵.

Aquella moda del palacio a la italiana, de carácter más o menos renacentista en su arquitectura y decoración, pronto dio paso a una arquitectura de fuerte influencia francesa, antes de finalizar el reinado de Isabel II⁶, en 1868, que duraría hasta bien entrado el siglo XX⁷. Este nuevo carácter de la arquitectura no fue peculiar capricho nuestro, sino que respondía a la general aceptación de lo francés en Europa, lo cual iba desde la arquitectura al vestido o a la aceptación de términos franceses en la conversación. El hecho de ser española la Emperatriz de Francia, Eugenia de Montijo, contribuyó, sin duda, a afianzar esta tendencia en la alta sociedad madrileña, bien fuera de vieja o nueva cuna. Así se explica mejor el palacio del Duque de Uceda, levantado en la plaza de Colón, frente a la Casa de la Moneda, que fue luego durante un tiempo del marqués de Salamanca, ocupándolo hasta su desdichada destrucción el duque de Medinaceli⁸.

Este palacio ofrece una situación absolutamente paradigmática que, a mi juicio, ayuda a comprender mejor aquellas

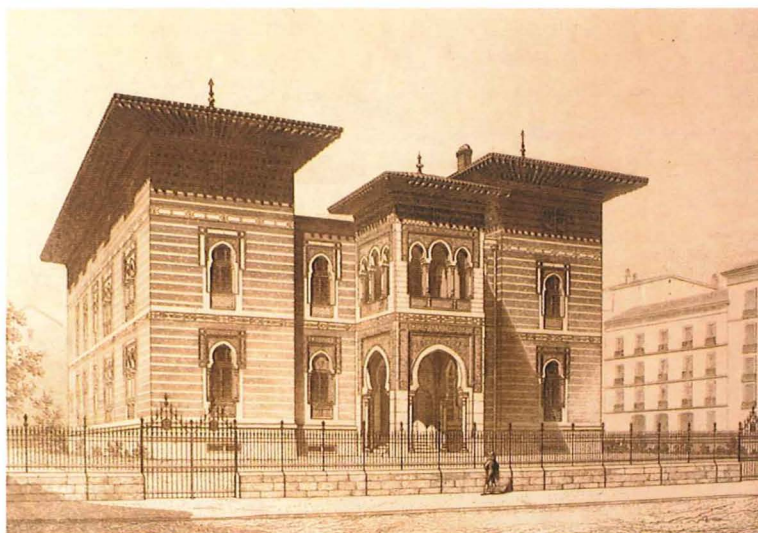
facetas que en el Palacio de Linares quedan aún oscuras en cuanto a la autoría del edificio. El desaparecido Palacio de Uceda ofrecía una imagen absolutamente francesa en la composición y decoración general, por la presencia de elementos ajenos a nuestra tradición arquitectónica como son las mansardas, lo cual hizo que, con gracejo, se conocieran en Madrid este tipo de palacios como «casas de réquiem», dada la negrura y similitud de las cubiertas del edificio con la tapa de un ataúd. El Palacio de Uceda, comenzado en 1864, produjo en sus días una verdadera conmoción en la ciudad dada la novedad de su carácter foráneo, el cual fue fuertemente censurado en algunos medios profesionales de la arquitectura, de los que se hace portavoz una interesante revista, de vida corta, que se llamó *La Arquitectura Española* (1866). Allí puede leerse, entre otras cosas, esta dura crítica cuando el palacio estaba ya prácticamente terminado: «Respecto al estilo de esta construcción debemos decir que se hace notable por esa extravagancia *sui generis* que a toda costa quieren introducir entre nosotros los adornistas franceses, y que es, a lo que parece, el tipo definitivamente adoptado por nuestros magnates. Nosotros no podemos por menos de sentir el lamentable olvido de las más triviales reglas del buen gusto que en este y en otros edificios del mismo género observamos. No nos cansaremos de repetir, aún a riesgo de que nuestras leales y sinceras insinuaciones se interpreten torcidamente, que el indicado estilo es un verdadero desvarío, una de esas aberraciones que indica hasta qué punto está pervertido el sentimiento artístico de los que tales obras proyectan y de los que a tales artistas patrocinan. La extravagancia y el mal gusto son en esta obra tan notables, que bien podemos decir que compiten con lo peor y más absurdo que en la coronada Villa pueda contemplarse. Examínese, en efecto, la fábrica citada y las que del mismo género se han levantado recientemente por esos *soi-disant*, artistas que de allende los Pirineos han caído como una plaga sobre nosotros.»

El texto citado permitiría un amplio comentario, pero es lo suficientemente transparente para no hacerlo necesario. Resulta evidente que detrás hay una dolorida protesta de un arquitecto que ve cómo los franceses son los elegidos para estos deseables encargos con olvido de los profesionales españoles, con despeggo hacia el arte propio, y donde todo resulta importado pues, como en este caso, la misma piedra de construcción llegó por vía férrea a Madrid desde la ciudad francesa de Angulema. El arquitecto del Palacio de Uceda que figura como autor del proyecto en el Archivo Municipal de Madrid lleva por nombre el de Mariano Andrés de Avenzoza, pero siempre estimé que éste era un hombre de paja que firmaba un proyecto ajeno de autor francés y así lo publiqué en su día. El tiempo y el azar vinieron a darme la

razón cuando, de modo fortuito, llegó a mis manos el proyecto original firmado en París por el arquitecto Delaporte. Creo que ésta es una situación rigurosamente paralela con la que se da en el Palacio de Linares, donde el proyecto que a efectos legales se presenta en el Ayuntamiento está firmado por Colubí, en 1872, nombre que sin duda esconde el del verdadero autor que, siendo extranjero, no podía firmar legalmente ningún proyecto en nuestro país. Es la misma historia que se repetiría en otros muchos casos, y responde a esa invasión que, como «plaga», señala el texto anteriormente citado.

Para mejor entender esta moda en la que se revive el gusto de la arquitectura francesa de la época de Luis XIII y Luis XIV, añadiremos que es el mismo fenómeno que se produce en el París de Napoleón III, donde a raíz de la remodelación de la ciudad proyectada por Hausmann, se derriban viejos edificios que en las nuevas alineaciones verán surgir ampulosas construcciones al estilo de François Mansart. Con todas ellas se formó un conocido repertorio debido a Isabey y Leblan, cuyos grabados sirvieron de modelo a tantos arquitectos que difundieron dentro y fuera de Francia estos estereotipos⁹.

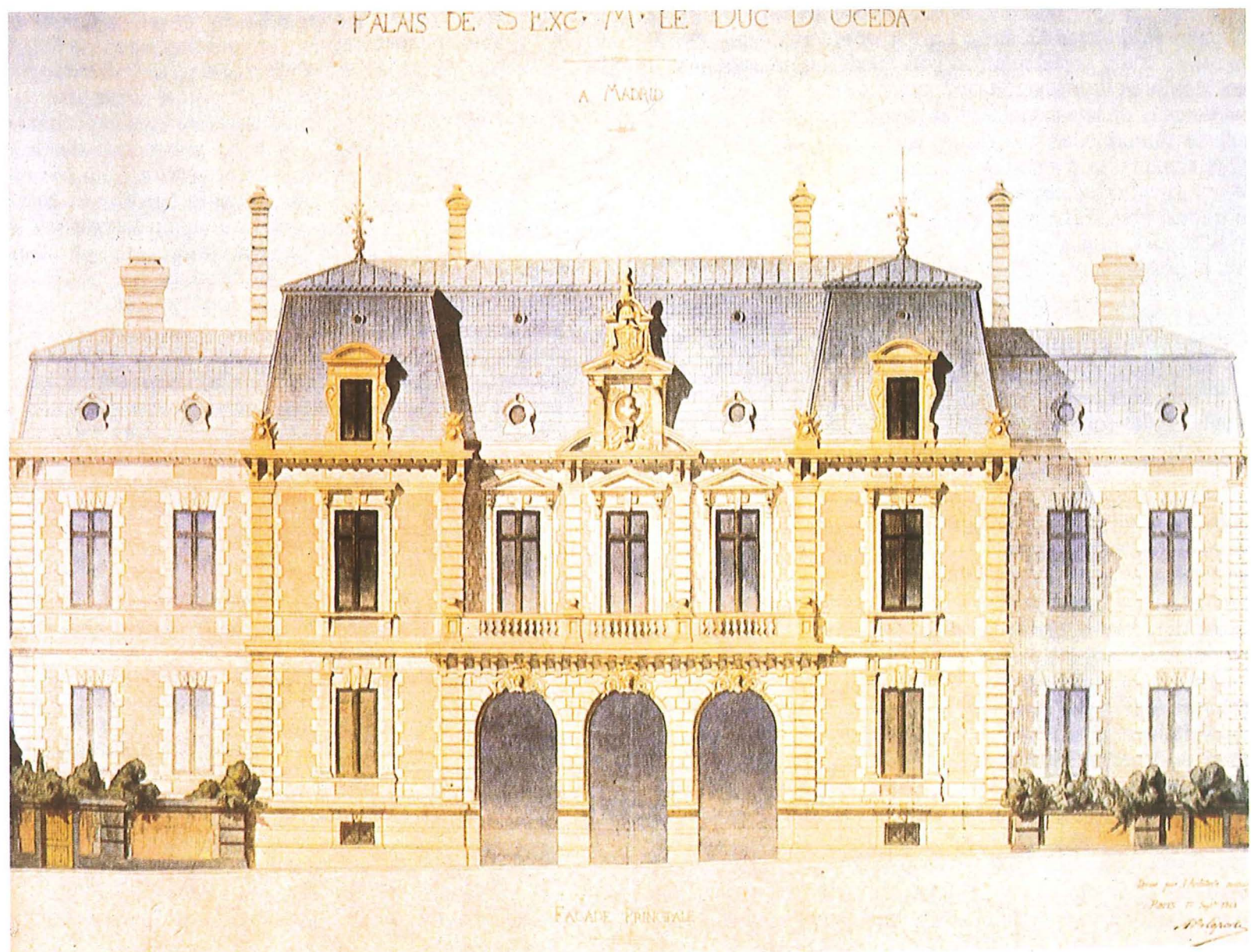
A este espíritu respondía en Recoletos el palacete del Marqués de Campo o el que, en la calle de Alcalá, próximo al de Linares, perteneció al marqués de Portugalete, conocido también como de los Duques de Bailén, por haber sido de la familia del general Castaños. Los primeros datos sobre este último y también desaparecido palacio nos los proporcionó Fernández de los Ríos en su *Guía de Madrid*, publicada en 1876, unos seis años después de haberse terminado dicho Palacio de Portugalete (1870) y cuando aún estaba en obras el de Linares. Por Fernández de los Ríos y algunos datos de la prensa periódica sabemos que su arquitecto fue el francés Adolfo Ombrecht, que se había establecido en Madrid¹⁰ y que durante su estancia en la ciudad bien pudo proyectar otros edificios, entre ellos el mismo de Linares¹¹. El edificio era totalmente exento, rodeado de un sencillo jardín con su correspondiente verja de cerramiento. Contaba con tres plantas y unas cubiertas muy pendientes sin llegar a ser mansardadas. La piedra y el ladrillo se combinaban en sus fachadas siguiendo muy de cerca los modelos franceses. Del interior, nos dice Fernández de los Ríos, destacaba «el salón del piso principal, la galería destinada a museo y la capilla... En la planta baja se hallan la sala de billar, de estilo caprichoso, que recuerda las extrañas combinaciones del chinosco; un tocador y una espaciosa cámara de dormir, de gusto moderno; la sala de baños decorada a la manera pompeyana por el pintor italiano Orestes Mancini, y el salón de música, la más rica de las estancias del edificio». En su decoración



intervinieron notables artistas, como José Marcelo Contreras, autor del techo del salón principal de la planta noble «de estilo del Renacimiento italiano e inspirado en las logias de Rafael, con cuatro medallones en los centros de los lunetos que representan la Música, la Pintura, la Escultura y la Arquitectura. La gran medalla central manifiesta un cielo lleno de pájaros...» El patio era de estilo pompeyano y en su centro se encontraba el *Narciso*, en mármol, de Elías Martín. La tapicería correría a cargo de Lino Fernández, y así, sucesivamente, podríamos completar la nómina de los artífices de este rico palacio sólo eclipsado por el de Linares, especialmente por la escalera de éste último, cuyo desarrollo y magnificencia no alcanzaron ninguno de los palacetes madrileños del ochocientos.

Entre los aspectos que más llamaron la atención de todos estos palacios, al margen de su arquitectura exterior de corte francés, fue lo heterogéneo de su decoración interior, donde el Renacimiento italiano, el rococó francés, el estilo oriental, unas veces de matiz chinesco y otras japones, etc., daban lugar a unos ambientes de extremo eclecticismo. Ello se comprueba una vez más en el Palacio de Linares, así como en la extraordinaria colección de salones del antiguo palacio de los Duques de Santoña, afortunadamente conservado¹², donde hallaríamos los nombres de artistas como Carlo Nicoli, Manuel Oms, Francisco Sans, Manuel Domínguez, Plácido Francés, José Vallejo, etc., que aquí, como en otros palacios madrileños, decoraron el salón turco, el japonés, el *boudoir*, el *fumoir*, el salón pompeyano, el salón Luis XIV... El referido palacio de los Santoña, que actualiza la arquitectura interior de un antiguo palacio barroco en el viejo Madrid, puede tomarse como actitud renovadora por la que optaron otras familias, como la de Fernán Núñez, cuyo añejo palacio de sobria fachada a la calle de Santa Isabel hace impensable la renovada y festiva decoración de sus salones. Entre éstos hay que mencionar muy especialmente la sala de baile, absolutamente extraordinaria, dentro del más puro estilo entre ecléctico y neobarroco propio del Segundo Imperio, donde la decoración rococó, los espejos, dorados, lámparas, tribuna de músicos, etc., parecen transportarnos al ambiente más delirante de un palacio francés de la segunda mitad del siglo XIX.

Resultaría incompleto este breve cuadro de los palacios madrileños del pasado siglo si no se hiciera alusión a una tercera vía, junto a la que hemos llamado italiana y francesa, que buscó su inspiración en la arquitectura islámica. Algunos palacios como el de Anglada, en la Castellana, ya contaron con elementos tales como el patio que «reproducía» el de los Leones de la Alhambra de Granada, si bien el resto del edificio obedecía a rasgos muy distintos, como la gran pieza del baño que estaba pintado por Lozano en un exquisito



estilo pompeyano. El proyecto fue de Rodríguez Ayuso, el creador más afortunado de lo que hemos llamado luego neomudejarismo y, estando en construcción en 1876, dos años más tarde se daba por terminado¹³.

Pero no deseo referirme a estos injertos tan característicamente eclécticos, sino a la consideración global del edificio interpretado en clave islámica, como lo llevó a cabo José Xifré Downing en el palacio que levantó en el Paseo del Prado, frente al Museo de Pinturas. Para ello, y empleando una verdadera fortuna, encargó en París, a un arquitecto del círculo de Viollet-le-Duc llamado Boeswilbald, una obra verdaderamente singular que manifiesta el carácter caprichoso de aquel hombre de negocios, hijo del rico y emprendedor indiano catalán Xifré Casas. Para llevar a efecto su propósito costeó una expedición a Oriente a varios especialistas franceses, a fin de que durante un año reunieran antigüedades árabes, tapices, mobiliario, alfombras, maderas, techos y aleros en madera, columnas, etc., para incorporarlas al edificio proyectado por Boeswilbald con el fin de asegurarse una obra única que no tuviera igual en Madrid, entrando así en aquella sorda competencia que ciertamente existió entre las grandes fortunas. El palacio, construido entre 1862 y 1865, fue derribado a mediados de nuestro siglo tras una selectiva venta de aquellas preesas que se volvieron a incorporar en otras arquitecturas, como trofeos de un pasado al que se ha querido inútilmente emular. Así, desde las ventanas y otros elementos del viejo palacio Xifré, que podemos ver hoy en un nuevo edificio de La Losa de Riofrío (Segovia), hasta los soberbios pisos de madera que adquirió la embajada de Francia y salieron para París, el palacio todo fue desmantelado con destinos muy diferentes, perdiendo Madrid con ello un edificio verdaderamente notable, al tiempo que la ciudad decía adiós a una de las zonas urbanas que en nuestra historia llegaron a tener más personalidad e interés. De ahí la importancia de la operación llevada a cabo en el Palacio de Linares, a través de la cual saldamos en parte una deuda contraída con Madrid.

¹ Navascués, P.: «Castellana: quién te ha visto y quién te ve», *Lápiz*, 1985, núm. 28, págs. 28-33.

² Sobre el palacio del siglo XVIII en Madrid vid. Navascués, P.: *Palacios madrileños del siglo XVIII*, Madrid, 1978; y «Casas y Jardines nobles de Madrid», en *Jardines clásicos madrileños*, Madrid, 1981, págs. 115-150.

³ Torrente Fortuño, J. A.: *Salamanca, bolsista romántico*, Madrid, 1969.

⁴ Navascués, P.: *Un palacio romántico*, Madrid, 1983.

⁵ Para estos y otros edificios de esta zona de Madrid vid. Navascués, P.: *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, Madrid, 1973.

⁶ Navascués, P.: «Influencia francesa en la arquitectura madrileña del siglo XIX: la etapa isabelina», *Archivo Español de Arte*, 1982, núm. 217, págs. 59-68.

⁷ Navascués, P.: «El antiguo palacio de Adanero», en *La recuperación del Hospital de San Carlos. Nuevas instalaciones del Instituto Nacional de Administración Pública*, Madrid, 1991, págs. 189-205.

⁸ Sobre el aspecto interior del palacio en la época de los Medinaceli vid. «Visita de la Sociedad Española de Excursiones al Palacio de los Duques de Medinaceli», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1920, págs. 49-52.

⁹ Isabey, L. y Leblan, E.: *Villas, maisons de ville et de campagne*, París, 1864.

¹⁰ Anónimo. «Madrid Moderno. Palacio del Marqués de Portucalete», *La Ilustración de Madrid*, núm. 10, 27 de mayo de 1870, pág. 3.

¹¹ Esta hipótesis ya la adelantó F. Chueca en «El palacio de Linares», en *Madrid, ciudad con vocación de capital*, Santiago de Compostela, 1974, págs. 391-397.

¹² Capella, M.: *La casa-palacio de la Cámara de la Industria de Madrid*, Madrid, 1961.

¹³ Repullés y Vargas, E.M.: «Palacio del Sr. Anglada en la Fuente Castellana de Madrid», *Anales de la Construcción y de la Industria*, núms. 19 y 20, 1878.